

"Aquí la vida es pormenor": Mundo rural, naturaleza y campesinado en la poesía de Miguel Hernández

Gonzalo Luque González
Universidad de Almería, España
glg531@ual.es

DOI: <https://doi.org/10.37536/ecozone.2024.15.2.5015>



Resumen

Lo rural, lo campesino, las labores agrícolas en cercanía constante con una naturaleza querida, temida y respetada son claves en la obra de Miguel Hernández. Su obra ha sido muy estudiada respecto a su entorno rural y a sus orígenes humildes desde cierto biografismo, sin embargo, no se ha planteado desde una apropiada consideración de la realidad histórica y material del mundo rural. Desde los planteamientos de la sociología rural, la agroecología y la radical historicidad de la literatura este artículo trata de arrojar luz sobre algunos aspectos irresueltos de la obra poética del poeta oriolano considerando que su concepción de la naturaleza, el trabajo, el deseo y la revolución están imbricados tanto en las concepciones de un campesinado inscrito en la *longue durée* como en la escisión romántica del sujeto respecto a la naturaleza y en la necesidad de superar las contradicciones de la sociedad moderna. Vemos desde ahí la importancia del campesinado en la configuración ideológica de Hernández y en sus planteamientos tanto *poetológicos* como políticos. Hernández se nos presenta como una voz genuinamente campesina a la vez que moderna. No se trata solo de una importancia temática sino también de la particular lógica productiva de su poesía. El escritor se acerca a la tarea poética como el hortelano: realizando un esfuerzo de producción que no es el trabajo abstracto del capital sino la constante tarea productiva y reproductiva del cuerpo humano en relación simbiótica con el mundo natural y social. Este artículo quiere desde ahí mostrar el interés que puede tener una aproximación ecocrítica a la poesía de Hernández.

Palabras clave: campesinado, rural, ecocrítica, poesía, paisaje.

Abstract

The rural, the peasantry, the agricultural work in constant proximity to a nature that is loved, feared and respected are key in Miguel Hernández's poetry. His work has been widely studied, from a biographical perspective, regarding his rural and humble origins; however, it has not been approached from a proper consideration of the historical and material reality of the rural world. From the approaches of rural sociology, agroecology and the radical historicity of literature, this article attempts to shed light on some unsolved aspects of the poetic work of Hernández, considering that his conception of nature, work, desire and revolution are imbricated in the conceptions of a peasantry inscribed in the *longue durée*, the Romantic split of the subject with nature and the need to overcome the contradictions of modern society. On this basis, we see the importance of the peasantry in Hernández's ideological configuration and in his *poetological* and political approaches. Hernández can be considered as a genuine peasant voice as well as a modern one. This is not only a matter of thematic importance but also of the productive logic of his poetry. The writer approaches the poetic task as the peasant: making an effort of production which is not the abstract labour of capital but the constant productive and reproductively task of the human body in symbiotic relationship with the natural and

social world. From this perspective, this paper aims to show the potential interest of an ecocritical approach to his poetry.

Keywords: peasantry, rural, ecocriticism, poetry, landscape.

Introducción. Aproximación a la figura y el mito de Miguel Hernández

El interés por lo rural no fue un elemento extraño en la llamada Edad de Plata (Mainer), tampoco un cierto panteísmo romántico, pero a diferencia de prácticamente todos los poetas de la época que se acercan admirativamente a lo rural y a la naturaleza desde la visión del ciudadano—más o menos alienado—, Miguel Hernández se eleva como la única voz auténticamente centrada en lo campesino. La voz campesina, antes silenciada—o limitada al anonimato de las expresiones folclóricas—por el yugo de la opresión o la sumisión, la incultura o el rigor de la labor, y más tarde amedrentada por una modernidad imparable, resuena así, quizá por primera vez, en la obra de un genuino poeta moderno.

Al enfrentarnos a la poesía de Miguel Hernández nos enfrentamos antes que nada a la propia figura de Hernández. Un aura casi mítica rodea al, sin duda, gran poeta; un aura que a la crítica, en gran parte responsable de ella, le cuesta ignorar. Extraña es la aproximación a su obra que no comente sus humildes orígenes familiares, sus pastoreos juveniles, sus inicios oriolanos y tantos otros pormenores en torno a su prototípica vida rural. Cosa que no ocurre entre otros escritores de orígenes similares o de marcada temática rural. Se dirá que el distintivo origen rural y poco culto de Hernández lo justifica ya que le habría marcado especialmente. Vemos, sin embargo, que un poeta como Salvador Rueda, de humildes orígenes campesinos y a pesar de haber sido analfabeto hasta la juventud, nada tiene que ver con Miguel Hernández como escritor y la crítica apenas se detiene en sus orígenes campesinos. Este ejemplo valdría para poner en cuestión el determinismo biografista que parecería darse con el mito heroico de Hernández y su aparente espontaneidad.

Con frecuencia muchos críticos hablan de la perturbación que habría sido la filiación política en la supuesta evolución espontánea que habría seguido Hernández de no ser por tales compromisos. Díaz de Castro (124) habla, por ejemplo, de la época posterior al catolicismo sijeniano como una fase con "otra ideología y otros ruidos" (énfasis nuestro). En este punto debemos discrepar. Es precisamente la asunción de una verdad interior—que en este caso se desenvolvería naturalmente en una evolución espontánea si no fuese por las injerencias político-ideológicas—lo que constituye el núcleo de la ideología literaria burguesa. La ideología es la única voz que nos habla. No hay una voz "natural" en Hernández, como no la hay en nadie; su poesía es, como todo discurso, emanación de una determinada configuración ideológica y, por tanto, ella misma ideológica. Que la configuración ideológica hernandiana primera fuese menos doctrinaria, más ingenua si se quiere, y, quizá, menos consciente

no implica que fuese menos ideológica; el hecho de que en esa configuración tuviesen un gran peso elementos de una ideología no plenamente capitalista—lo que aquí defenderemos—como es la campesina no implica que esta fuese más espontánea, natural o sincera.¹ Hay que desechar la idea de que su adscripción política vendría desde un vacío ideológico, una lucha espontánea contra la injusticia, lo cual refuerza su imagen de héroe y mártir: elegido entre los humildes por su calidad ética, epítome del sentido espontáneo de la justicia de los campesinos españoles o planteamientos moralistas de la misma ralea.

En nuestro acercamiento a Hernández observamos una considerable importancia del mundo rural y campesino, pero procuramos cuidarnos de la frecuente visión reduccionista y personalista hacia su obra en relación con el campo. Como ha señalado acertadamente González Valdés en su reciente tesis, las alusiones al mundo rural, la agricultura y lo pastoral han sido entendidas como el resultado de una relación no problematizada entre el poeta y su entorno vital, de manera que sus representaciones de lo rural han sido aceptadas como testimonios reales, inmediatos y acertados de su ambiente vital sin considerar apropiadamente la compleja dialéctica entre la dinamicidad histórica del entorno rural y las visiones literarias y concepciones ideológicas de Hernández (11).

En la obra de Miguel Hernández no puede decirse que haya una evolución lineal clara (González Valdés 22). Una linealidad asumida que es el principal problema de comprensión del carácter político de la obra del oriolano. Linealidad solidaria con una política comprendida como un espectro continuo, no como un complejo campo relacional e histórico, que tiene la tendencia a ver el campesinado como grupo social atrasado. Desde nuestra perspectiva el carácter político de Hernández, tan estudiado, tiene también un importante carácter ecológico, en la medida en que la relación campesina con la naturaleza difiere de la de la razón instrumental y configura una forma de producción que se adapta de modo simbiótico a la naturaleza. Traemos a colación la poesía de Miguel Hernández buscando una nueva "pertinencia de la ecocrítica" que se aleje de ciertas "afirmaciones blanquinegras" (Marrero Henríquez 74, 69) que desdeñan con excesiva premura las complejas interrelaciones entre naturaleza y cultura en la modernidad, que se vuelcan más hacia la *wilderness* o el indigenismo y que con ello infravaloran el campesinado como fuerza histórica que en Europa, a pesar de sus luchas, fue arrastrada por el tren del progreso. Hernández es voz y memoria de esas luchas que, siguiendo la metáfora benjaminiana, trataron de frenar la locomotora del progreso, no como reacción, sino como salida emancipatoria.

¹ Entendemos de un modo generalizador —no hay sitio para un desarrollo extenso de la cuestión— por ideología campesina la ideología propia de lo que desde la agroecología viene a llamarse *modo de producción campesino* que en sentido estricto solo existe articulado a otro modo de producción social general pero que hasta el tardocapitalismo habría persistido y lo habría hecho con relativa autonomía. Este modo de producción se caracterizaría por una producción agrícola centrada en la subsistencia del grupo doméstico, un alto grado de autosuficiencia, un mínimo número de insumos y una praxis enraizada en la tradición colectiva (Toledo 198-200). Esta relativa autonomía productiva le dota de cierta impermeabilidad a los planteamientos ideológicos hegemónicos. Si podemos hablar de ideología campesina no se trata tanto de una ideología cohesionada y única sino de una ideología dialécticamente articulada con la hegemónica.

En cuanto crítica al progreso capitalista industrial la obra de Hernández ofrece lecturas sugerentes para la ecocrítica.

En este sentido, al tener en cuenta que el ámbito imaginario en el que toma cuerpo la expresión lírica hernandiana es casi exclusivamente el mundo de la vida campesina (Díaz de Castro 89),² nos percatamos de que el espectro político tradicional lastra toda la interpretación política y ecológica de Hernández. Y esto ocurre en gran medida por la consideración mistificada del campesinado desde el discurso del progreso que, aunque matizado y con variantes (desarrollo, crecimiento, etc.), sigue siendo el hegemónico en nuestros días. El campesinado desde el punto de vista económico (capitalista, se entiende) es el remanente de un modo de producción atrasado, ineficiente económicamente e inoperante socialmente. Desde una perspectiva ecológica que tenga en cuenta el carácter holístico de la producción y la relación intrínseca entre el ecosistema, las formas de producción, las relaciones sociales y las representaciones culturales, como es la de la agroecología, el campesinado tiene un carácter mucho más complejo y rico que el de un grupo obliterado por el progreso.³ Pero desde el progreso ilustrado que gobierna ineluctable el capitalismo el desarrollo histórico del campesinado tiene un carácter paradójico e incluso trágico. Independientemente de la actualidad y acierto de los siguientes planteamientos, desde la perspectiva revolucionaria el proletariado como clase *para sí* lucha por su propia abolición (aunque lo que parece suceder fácticamente más bien es su universalización). Por contra, el campesinado luchando por su supervivencia logra su (auto)abolición. Ese carácter trágico acompaña a la literatura de Miguel Hernández en comunión con el desequilibrio del sujeto moderno vivido desde el romanticismo. La melancolía del poeta moderno se imbrica con la situación histórica del campesinado en vía de desaparición. Así, consideramos que cuando se afirma el carácter *rural* de Hernández, falta señalar que se trata de un problema plenamente moderno: la turbulenta cuestión del campesinado y el mundo industrial—no meramente de lo rural, de hecho, cabe recordar que Orihuela es un medio urbano, si bien provinciano, pequeño y de economía primordialmente agraria, impregnado por la mentalidad rural (Alonso 308) pero urbano a pesar de todo.⁴

Insistimos, al enfrentarnos a la obra hernandiana nos metemos en un asunto espinoso, irremediabilmente influido por el aura mítica de su figura: la imagen de

² El mundo campesino en general (de Luis 23) y no solo el tema pastoril como tanto se señala (por ejemplo, Rose). El mundo pastoril solo tiene sentido para Hernández inserto en el mundo campesino, como parte de él. Resulta un tema tan clave que hasta el poema industrialista "La fábrica-ciudad" canta a los tractores a los que se les da luz en "partos" de acero, dentro de talleres guardados por "flores" y en el que los tractores son "caballos huracanados" hechos para hacer "fértilos los baldíos".

³ Manejamos aquí precisamente una noción de campesinado proveniente de la agroecología. Para una definición formal me remito a Sevilla Guzmán y González de Molina (158-60).

⁴ Orihuela geográficamente responde más bien al concepto de "agrocuidad" (López Ontiveros). Por otro lado, nótese que Orihuela es el prototipo de ciudad que el simbolismo elevó al *topos* de ciudad muerta. Y acaso la Oleza de Gabriel Miró, trasunto de Orihuela, pueda considerarse un buen ejemplo de esta. Unas ciudades que al no transformarse según las necesidades de desarrollo del capital (tanto a nivel económico como sociocultural) se nos presentan como moribundas o enfermas. El escenario de la poesía de Hernández es uno bastante alejado de ese *topos*. Es, en general, percibido como una forma de urbanización todavía sin una ruptura metabólica, ni social ni ecológica, irreversible.

"poeta-pastor" y de miliciano-poeta a la que él mismo contribuyó. El crítico, pues, a la hora de aproximarse a la obra de Hernández debe ser especialmente precavido para salvar la "falacia biográfica" (Díaz de Castro 92) y cuidadoso igualmente con la asunción de una supuesta verdad interior, que pareciese quedaría deturpada por influjos "ideológicos". Algunos de los textos de Hernández, los publicados en la revista de Ramón Sijé, *El Gallo Crisis*, y otros escritos en la misma época, tan peliagudos, son en gran medida solidarios con una ideología reaccionaria; el que se retractase de estos textos no elimina la objetividad textual ni la matriz ideológica de la que emanan.⁵ En general, se ha leído y se lee a Miguel Hernández en términos personalistas y no poniéndolo dentro de la matriz ideológica de una determinada coyuntura histórica y de una serie de problemáticas de *longue durée* en la que el campesinado tendría un peso fundamental.

Es cierto que en el caso que nos trae los paralelos entre vida y obra no son pocos, pero no se ha hecho lo suficiente por estudiarlos desde la radical historicidad y no desde el biografismo,⁶ abordando en profundidad la compleja dinámica de los cambios sociales de la época, su experiencia respecto a estos, las transformaciones económicas del agro y los cambios en su visión de las comunidades rurales, tan mistificadas a lo largo de la historia. Como explica Raymond Williams en su obra seminal, la literatura en torno al campo ha sido en su mayor parte producto de "una historia cultural preparada y persuasiva" (31). La obra de Miguel Hernández ilustra tanto esa historia propagandística como el esfuerzo de desprenderse de ella y conectar desde la experiencia con la compleja realidad histórica del campo. En este sentido hay que recalcar el espacio histórico y dinámico que es el campo en sus composiciones y cómo la voz poética se acerca a ellos (González Valdés 14).

La modernidad y la historicidad del paisaje

Miguel Hernández es un poeta genuinamente moderno (a diferencia, por ejemplo, de un ruralista como Gabriel y Galán que se mueve en un academicismo popularista) lo cual es claro en su lucha dentro del campo cultural y en su ardoroso

⁵ Los ejemplos más notorios en lo que respecta al campesinado y la situación política son los escritos en torno al año 1934 como por ejemplo los textos en prosa "MOMENTO—campesino" (*La Verdad*, Murcia, 8.2.1934), "VÍA—de campesinos" (inédito) y en verso "PROFECÍA—sobre el campesino" (*El Gallo Crisis*, 1, 1934). En este último, escrito en el momento de crecientes huelgas campesinas ante unas condiciones atroces, en un marcado tono paternalista Hernández llama al campesino implícitamente rebelado "¡Caín de los caínes!" y le recrimina su desobediencia a su *ser para la tierra* y su egoísta e inútil lucha (de clases, se sobrentiende): "Inficcionado de ambición, malgastas / fraternales carmines, / buscas el bienestar con malestares."

⁶ Hablamos aquí desde la "radical historicidad" de la literatura y del sujeto, el cual se conformaría a través y desde la literatura. Partimos de los planteamientos de Juan Carlos Rodríguez ya expuestos en su temprana *Teoría e historia de la producción ideológica*. La excepción más notable a esta carestía de los estudios sobre Miguel Hernández desde la radical historicidad es el trabajo de David Becerra Mayor con quien compartimos a grandes rasgos su aproximación teórica al fenómeno literario; discrepamos, sin embargo, de su interpretación histórica de la transición ideológica entre fascismo y comunismo de Hernández y la elusión del campesinado en su análisis. En cualquier caso, su trabajo es fundamental en el señalamiento de la problemática desideologización reciente de su figura que provoca una segunda muerte del poeta, su "muerte hermenéutica" (Becerra Mayor 43-52).

deseo de *ser poeta*, única y exclusivamente (García, *El veintisiete en vanguardia* 195). Algo, no olvidemos, impropio de las clases campesinas propiamente dichas (cuyas producciones poéticas son de distinto tipo aun cuando son realizadas por "profesionales"—cantaos, mendicantes, etc.). Gran parte de sus contradicciones respecto al mundo rural derivan de esa modernidad. Pues nada más alejado de la realidad del tardocapitalismo que el "poeta-pastor": el poeta quisiera poder ser "poeta-pastor" pero su presente y probablemente su subjetividad no lo permiten. Miguel Hernández es un sujeto moderno y está atravesado por sus contradicciones.⁷

Como señala Díaz de Castro, "la modernidad, que es inseparable de la conciencia de lo urbano, está operando incluso en un poeta que vocacionalmente elige la naturaleza elemental como base, ya no de sus imágenes, sino de su proyección paradisiaca" (103). Ahora bien, en primer lugar, es la introyección y autoconciencia moderna la que le hace inclinarse hacia el campo en busca de una salida a las antinomias de la modernidad. Y en segundo lugar, Hernández no habla nunca propiamente de "paraíso", ni de "naturaleza elemental": en el paraíso (etimológicamente "jardín cerrado") el fruto se obtiene sin esfuerzo. El campo—que es a lo que se refiere exclusivamente Hernández, no la naturaleza elemental-salvaje—es duro y solo se hace un hogar (no un edén) con el esfuerzo cotidiano de quienes lo habitan.⁸ Esfuerzo del que Hernández es perfectamente consciente y que está en la base tanto de su politización como de su particular ecologismo.

Eso no quiere decir que no haya un cierto vitalismo en la poesía de Hernández (aunque, como veremos, ese vitalismo vaya parejo a cierta atracción por la muerte), pero se trata de un vitalismo muy distinto de la actitud positiva de parte del llamado grupo del 27. Hay un gozo vital en Hernández, pero no es el gozo de la "vida" en abstracto, de la contemplación del mundo. Nada del cliché orteguiano del personaje adánico en el paraíso que es "feliz sólo con gozar, en fecundo ocio vitalista, de la contemplación de la realidad" (Rozas 24). Diferente asimismo del institucionalismo regeneracionista, de Giner a Ortega, orientado a la contemplación del paisaje en una búsqueda de trascendencia individual o colectiva, y diferente de la estética purista que se basta con la mera contemplación, a veces en una prototípica naturaleza aburguesada, disfrutada a través del ocio veraneante de hotel y balneario, "productos de la ciudad del hombre" (Rozas 24). Un goce este último que, aunque se regodee en una supuesta inmediatez de la naturaleza, resulta plenamente urbano. En los

⁷ Sirva de ejemplo esta prosa no publicada: "Mi limonero, no es precisamente el de mi padre, siendo el mismo. Ni el de Dios. [...] Pero, ¡ay!, mi padre ama al limonero interesadamente [...] Y yo, ¿por qué lo amo? Ah, yo lo amo no por su provecho, por el rendimiento de sus ramas ni por su agrio aplacador de sedes y sudores. Yo quiero al limonero, todo, por mis dedos (¡benditos dedos!, sin los cuales no podría saber nunca el olor de sus hojas atormentadas por el tacto de las yemas)" (*OC II* 2100). En él se observan elementos clave de la estética moderna desde Kant como el desinterés, la ausencia de fines, el sensualismo, el arte como experiencia, la apreciación objetual de la naturaleza o la contemplación aconceptual, que demuestran el carácter plenamente moderno de la subjetividad de Hernández. Asimismo, en oposición consciente al pragmatismo campesino (pragmatismo este, a diferencia del pragmatismo burgués, no mercantil).

⁸ La ilusión típica del obrerismo por el desarrollo *ad infinitum* de las fuerzas productivas que evitará el esfuerzo de las labores nunca está de forma coherente en Hernández, la orientación a ese desarrollo solo se plantea como deseo para lograr la escasez artificial contemporánea.

anteriores planteamientos es constante un alejamiento absoluto del trabajo campesino, de la oposición dolorosa que puede suponer la naturaleza, de la dureza de las labores y de la no inmediatez de la naturaleza. Algo que no ocurrirá en absoluto en el Miguel Hernández maduro.

El interés por el paisaje en Hernández tiene un interés muy distinto al del trascendentalismo romántico de la Institución Libre de Enseñanza o los autores del llamado 98. Hernández no se interesa por el paisaje de la naturaleza salvaje. Hernández es capaz de "ver" ese paisaje, pero, como el campesino no lo ve exactamente de manera gozosa: ve la dureza del monte y sus peligros. Hernández revela involuntariamente la historicidad de la mirada del paisaje (ver Maderuelo): quien está acosado por la urgencia de la supervivencia no "ve" el paisaje, sino que se acerca al territorio con una mirada pragmática. Y revela de manera más explícita, la historicidad del paisaje como territorio, que en su mayoría nada tiene de natural. Por lo que él se interesa es el paisaje campestre, el paisaje agrario, que, a diferencia de quienes con tanta frecuencia lo naturalizan y lo eternizan, nada tiene de eterno y natural, como el poeta oriolano sabe a la perfección, sino que es fruto de la labor cotidiana de las silenciosas manos campesinas en coevolución con la naturaleza. El paisaje, de una manera mucho más vívida que en el propio Unamuno, se revela como "intrahistoria". Quizá el ejemplo más brillante de esta historización es el paisaje jienense de "Aceituneros". El olivar que caracteriza el paisaje no surge espontáneamente, sino como producto histórico, lento y paciente, del esfuerzo humano en simbiosis con las fuerzas naturales:

No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor,
sino la tierra callada,
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura
y a los planetas unidos,
los tres dieron la hermosura
de los troncos retorcidos. (OC 585)

En Miguel Hernández la vida no es exclusivamente contemplación,⁹ aunque también se halle placer en ella y se reconozca su importancia: la vida es también agencia, contacto, esfuerzo diario, en suma, trabajo *concreto* y cotidiano no guiado por valores abstractos sino por las necesidades fundamentales de una vida digna experimentada pasionalmente. El gozo vital hernandiano es el de la agencia dentro de un activo metabolismo con la naturaleza, no meramente a través de la contemplación y el consumo ocioso; es el gozo productivo. La "corona del sudor" diario ("Sonreídme", OC 519) es un signo de orgullo y belleza. El sudor es señal de vida, no solo de la laboriosa honestidad del trabajador (véase "El sudor", OC 593-95). Es un disfrute del potencial

⁹ Miguel Hernández publicó un artículo a principios de 1936, en pleno proceso de adscripción política al comunismo, reseñando *Residencia en la tierra* donde carga sardónicamente con la moderación purista que, en poesía, como en la vida, se limita a la contemplación gozosa: "Estoy harto de tanto arte menor y puro [...] me revienta la vocecilla mínima que se extasía ante un chopo, le dispara cuatro versillos y cree que ya está hecho todo en poesía" (en Cano Ballesta 124).

corpóreo y su capacidad y voluntad productiva, muy distinto del higiénico y ocioso sudor del *sport* pseudovanguardista. Se disfruta de lo pequeño, en una escala humana, contemplándolo, viviéndolo, trabajándolo. Adelantando el famoso *motto* de E. F. Schumacher, "small is beautiful", dice Hernández de su huerto en oposición a la gran ciudad: "Aquí la vida es pormenor" (OC 377).

En el conjunto de la obra hernandiana vemos que la naturaleza no tiene un significado estático a lo largo de su escritura, sino que es cuerpo de significados cambiantes y evocadores (González Valdés 13; Rovira). No hay que olvidar que el contexto hernandiano no es un agro estático sino afectado por unas transformaciones económicas aceleradas (la denominada por Polanyi "gran transformación" con su supuesto desarrollo), unas luchas políticas intensas y una crisis ideológica, que solo pueden ser debidamente comprendidas desde una aproximación multidisciplinar (González Valdés 15).

Como decíamos, Hernández no maneja la naturaleza idealizada, abstracta, del animismo garcilasiano por ejemplo, sino que refiere con elementos específicos a la huerta levantina: albercas, pitas, limoneros, palmeras, higueras, etc. (García, *Vicente Aleixandre* 422).¹⁰ No se trata de un "paisaje de símbolos" (Clark)¹¹ aunque, especialmente en su época católica, sobre la rica referencialidad campestre se construya un complejo sistema metafórico (en ciertos momentos más bien alegórico). Hay que cuidarse igualmente de plantear al poeta como un realista que amaría al "pueblo", la "aldea", en abstracto. No: ama una aldea que tiene que ser modificada, que debe transformarse a sí misma. Hernández conoce de primera mano los problemas del agro, de la sociedad rural y de la sociedad en general. No mantiene un ruralismo o naturalismo ingenuo e inocente: la escasez, la incultura, la opresión, la servidumbre voluntaria, la represión sexual, las inquinas campesinas, etc. aparecen aquí y allá en toda su producción. La ruralidad por la que aboga no es una eterna y ahistórica sino una base metabólica que bien puede y debe cambiar en su configuración política y social.¹²

¹⁰ Discrepamos, pues, con Perotti cuando arguye que, aunque el factor ambiental sin duda influyó en la personalidad artística del autor y en sus opciones temáticas, no se puede encontrar en la producción teatral y poética de Hernández una representación directa e inmediata del mundo natural (327). En primer lugar, el problema está mal planteado: efectivamente el "mundo natural" no es inmediato en la poesía de Hernández, pero esto se debe más bien a que lo que le interesa es el mundo campesino, no una naturaleza intocada y ajena al ser humano. En segundo lugar, habría que aclarar qué se entiende por "representación directa" (¿es acaso posible?), puesto que, aunque en los referentes naturales y campesinos se acumulen varias capas simbólicas, sí hay un elemento referencial fuerte y *situado* (no hay más que ver el vocabulario local de flora, fauna y aperos). Además, tal afirmación de una ausencia de referencialidad directa choca con la inclusión de fotografías de corte realista en *Viento del pueblo*.

¹¹ Quitando al león y, en parte, la garza e, inorgánicos, el mar y el volcán, que son *símbolos*, tanto cultos como populares, de carácter estrictamente cultural, las imágenes animales no son del mundo animal salvaje, sino que son del agro campesino: la flora mediterránea, la ganadería, las plagas, la caza, etc.

¹² Discrepo pues de la afirmación de Francisco Umbral cuando dice: "Toda la gran poesía de Miguel Hernández es un viaje de vuelta a su pueblo" (330). La obra hernandiana no es continua ni unificada, pero en cualquier caso no plantea una mera vuelta: se trata de una transformación *en el pueblo*, sin abandonarlo. En la primera politización católica se referirá a un supuesto *regreso* a un pasado idealizado o una esencia abstracta, lo cual aunque reaccionario implica un cambio, pero con la toma de conciencia comunista e incluso antes se planteará en términos de transformación *revolucionaria*.

Campeinado, ideología y *longue durée* en Miguel Hernández

Compartimos la hipótesis de trabajo que plantea Cecilio Alonso según la cual Hernández proviene de un ambiente de campo urbanizado donde se da la simbiosis de ciudad rural—campo y huerta—y que, si bien el poeta es conocedor de primera mano de los padecimientos cotidianos de las labores agrícolas y de la escasez, es ajeno a las penosidades de la trashumancia y la pobreza rigurosa.¹³ Un ambiente este arrastrado por las transformaciones económicas del capital, por lo que se puede decir que Miguel Hernández “nace ya en la frontera del desclasamiento, en una familia cuya actividad laboral pertenece a un modo de producción residual, pre-capitalista, y que está llamada a la disgregación o a sembrar contradicciones entre sus miembros más lúcidos (caso del poeta)” (Alonso 308). Es importante comprender, pues, que el poeta nace en un momento y lugar donde se vive agudamente una coyuntura histórica particular, específicamente, la crisis de un ciclo histórico de *longue durée* (ver Braudel 60-106) que sería el del campesinado europeo. La mutante posición ideológica de Hernández y su aguda sensibilidad para con el campesinado debe entenderse desde esa coyuntura. El poeta, consciente o inconscientemente, percibe la situación crítica de su clase y de su entorno vital, a la vez que se ve “impelido por la presión de la modernidad” (Alonso 308) en un proceso sufridamente alienante.

La pasión por el paisaje asimilado y la vida rústica no es solo una firme adhesión a los valores campesinos “formalizadas en sus primeros versos con la anuencia más o menos acusada de los modelos literarios aportados por el ternurismo panocho de Vicente Medina o por el paternalismo agrario de José María Gabriel y Galán” (Alonso 309). Su pasión, continúa Alonso, es una expresión de sus “convicciones y formas de conducta muy de la tradición campesina basadas en la dignidad, la entereza, la obstinación, la conciencia de los ciclos vitales, el sentido impertinente de lo grotesco, incluso el fatalismo transfigurado en *sino sangriento*” (309). En este punto consideramos que para una correcta interpretación de la obra de Hernández hay que estudiar, lejos de la visión tradicionalista del campesinado y de la visión marxista evolucionista, el potencial de las “tradiciones revolucionarias indígenas” (Shanin 323) que alienta el espíritu rebelde de Hernández: que no es tanto, como se sabe, una tradición escrita sino una tradición localista corporeizada en un lenguaje fundamentalmente oral, en actitudes, gestos, herramientas, en formas de trabajo y de subsistencia, de sutil sumisión, rebeldía y apropiación de la ideología dominante, etc. En este sentido, lo dicho contrasta con la tendencia a ver el elemento panteísta y sexual como una influencia de ritos precristianos,¹⁴ por lo cual, además se le quita peso a tal influencia. El problema de tal planteamiento es que eso se ve como

¹³ La familia de Hernández era tratante de ganado, no eran exactamente pastores. Se ha exagerado su condición de pobre, lo cual va en detrimento de la interpretación adecuada de su obra.

¹⁴ Algunos críticos remiten al hiloísmo de Miguel Hernández: del *hyle* (materia), *zoe* (vida); una visión presocrática en la que la materia estaría dotada de un ánima, cercana o previa a las teorías panteístas.

un mero elemento *cultural* (de ahí la insistencia en los términos de precristiano, pagano, ritos y similares por parte de la crítica) y no como parte de la ideología *material* del campesinado y su resiliencia, como han demostrado Carlo Ginzburg o Silvia Federici entre otros.

La característica triada simbólica de la cosmovisión poética hernandiana de vida-amor-muerte, aparte de una conformación moderna, contiene subyacentemente elementos atávicos de esta mentalidad campesina¹⁵ derivada de unas particulares formas de producción (y no como un remanente atávico de *culturas precristianas*), que se manifestaran de manera excepcional en el escenario histórico de "ciclo corto" de la lucha revolucionaria de clases (Alonso 309). Una mentalidad que como han recalado tantos críticos queda encubierta por un esfuerzo tremendo de distinción y superación expresiva, un esfuerzo que es un claro síntoma del impulso moderno: un verdadero "desafío de la escritura" (Alemany Bay). Ese esfuerzo lo hará tempranamente absorbiendo textos clásicos bajo la interpretación ajustada al conservadurismo rural oriolano, en particular el ideario del corporativismo católico.¹⁶

A este respecto cabe hacer una digresión sobre la "crítica hidráulica" a la que tanta tinta ha dedicado la crítica hernandiana. Aquí no nos preocupan tanto las "fuentes" sino la "objetividad textual" de la que habla Juan Carlos Rodríguez: "las relaciones ideológicas/inconscientes de la producción del texto. Así, es preciso contar con obviedades como las fuentes, pero las fuentes no explican nada respecto a la objetividad del texto: son elementos que en cuanto entran en una nueva estructura cobran un nuevo valor, otro significado radicalmente distinto" (*Lorca y el sentido* 43-44). La cuestión es la de siempre, independientemente de las contingencias históricas que hagan accesible unas u otras lecturas, ¿por qué se lee a unos autores y no otros? ¿qué se busca en ellos? ¿qué se toma de ellos? ¿cómo se leen? ¿cómo quedan transformados esos textos en la nueva objetividad textual? Hernández ve en la escritura una tarea concreta de apropiación y reapropiación en base al trabajo con otros textos. Y lo hace compartiendo el profundo sentimiento de la labor campesina, por lo que cuida en presentarse siempre como un trabajador concreto, aun cuando se enorgullezca del oficio, no particularmente tangible, de escribir versos. Puede ser ilustrativo recordar el retrato que el autor debió elegir para acompañar la edición de *Viento del pueblo*. Un retrato que bien podría leerse con este fragmento algo anterior de la "Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda" (OC 522): "yo que llevo cubierta de montes la memoria / y de tierra vinícola la cara, / esta cara de surco articulado". Como

¹⁵ Entendida esta como la característica ideología del campesinado de ciclo largo derivada del modo de producción campesino que se da en la Europa occidental. Entendemos este modo de producción desde la agroecología como un modo subsumido *formalmente* al modo de producción hegemónico, en este caso el capitalista.

¹⁶ Se ha puesto mucho énfasis en el influjo conservador de Luis Almarcha en el joven Hernández, pero no se ha remarcado debidamente el peso que éste pudo tener en su concepción del trabajo y la economía y, por tanto, en su politización. Teniendo en cuenta que Almarcha fue un gran difusor de la doctrina del corporativismo agrario (Martínez Vara y Ramos Gorostiza) y líder práctico en la Vega Baja quizá debería reconsiderarse su importancia en la atmósfera ideológica oriolana.

la de los campesinos, se trata de una tez curtida por el sol y el esfuerzo, tantas veces "coronada por el sudor"; el retrato que acompaña *Viento del pueblo*¹⁷ remarca la voluntad de demostrar una identidad de cuerpo y espíritu, de plantear la labor del campesino y la labor del poeta como axiológicamente iguales.

El complejo choque entre esa mentalidad campesina y la subjetividad moderna se configura en lo que algunos críticos han llamado el "materialismo" de Hernández (González Valdés 15)—que quizá sería mejor denominar *pragmatismo agroecológico*—, para referir al mundo poético recreado que remite a la vida concreta del grupo campesino, a sus formas de producción, su aparato cultural y las interacciones sociales con sus reglas y normas que las rigen. Pues entendemos que, siguiendo los estudios agroecológicos, "existe una cierta racionalidad ecológica en la producción tradicional" (Toledo 198) que permitiría la conformación de un sistema productivo que implementa procesos sostenibles para la apropiación de recursos naturales y que definirían al modo campesino por: i) alto grado de autosuficiencia; ii) mínimo número de insumos externos; iii) producción combinada de valores de uso y mercancías que buscan, más que el lucro, la reproducción simple de la unidad doméstica; iv) tendencia a la pequeña propiedad; y v) combinación individual y colectiva de prácticas diversas (Toledo 200). En este sentido es notorio que, si acaso se puede hablar de economía,¹⁸ la producción campesina sería una "economía de subsistencia" (Toledo 207). Los diversos planteamientos políticos y poetológicos de Hernández están conformados, consideramos, a partir de tales presupuestos.¹⁹

Desde *Perito en lunas* ya vemos que el entorno rural sirve al poeta para retratarse a sí mismo, pero no como el poeta simbolista mediante una proyección objetual: sino que se refleja *por su participación activa en él*, como espacio en el que habita y del cual es producto. En *Perito en lunas* la constitución de una unión a través del trabajo colectivo de los campesinos y su entorno está solo en un estado embrionario, ya que no deja de ser una codificación ahistórica y aislada de una comunidad rural sin integración dentro del conjunto social que históricamente lo explica y tal aislamiento es en parte una idealización del agro no atravesado por interrupciones históricas y conflictos internos y externos (González Valdés 133). Pero ya se está desafiando el modo usual (conservador o progresista) de representación

¹⁷ Es de notar que la primera edición de *Viento del pueblo* está acompañada de fotografías en su mayoría de campesinos y de ambiente rural. Más de la mitad de las fotografías, en un marcado estilo realista, digno de la Magnum, son relativas a lo rural (diez de dieciocho ¡en un libro de propaganda bélica!). Sobre el inusual, especialmente para la época, acompañamiento fotográfico en un poemario véase Alarcón Sierra, que lo analiza como un recurso para explotar lo máximo posible los medios de comunicación de masas.

¹⁸ En tanto la palabra "economía" refiere ya a la producción de valor capitalista orientado a producir bienes *qua* mercancías. En este sentido no debe confundirse la producción campesina con la ganadería o la agricultura absolutamente generalizadas hoy, en tanto que estas son, en terminología marxiana, actividades agrícolas subsumidas *formal* y *realmente* al modo de producción capitalista.

¹⁹ En este sentido, la humildad respecto a los bienes de Hernández no sería solo una muestra de solidaridad sino una vindicación del modo de producción campesino y no solo una muestra de solidaridad con los desposeídos. Yendo más allá es curioso señalar la coincidencia con otro poeta tan moderno como Bertolt Brecht quien "afirma que el comunismo no es el justo reparto de la riqueza sino de la pobreza" (Benjamin 84).

de la vida rural, tanto de sus luchas sociales como de sus momentos íntimos, en todo su disfrute sensual, corpóreo, y su cotidianidad: laborear, beber, defecar, copular, comer, sufrir, etc. (González Valdés 134). Así habría cuestionado ya tempranamente la forma bucólica de representar el campo, el modo elevado pastoril, si bien sólo desde una problemática sublimación artística en estilo elevado.

Materialismo campesino

Hay ya desde este primer poemario un vitalismo corpóreo que enlaza con un cierto *materialismo campesino*.²⁰ Una percepción del ser humano como especie animal, como cuerpo con sus necesidades fisiológicas, su sexualidad vívida, etc. El reconocimiento, en suma, de la fragilidad y vulnerabilidad del cuerpo. No se trata del cuerpo espiritualizado de un sujeto autónomo y libre por naturaleza, el sujeto del capitalismo.²¹ El hombre es vulnerabilidad y fuerza animal también, potencia. Como se dice en el poema “El hambre” de *El hombre acecha*: “Me enorgullece el título de animal en vida, / pero en el animal humano persevero” (OC 664).²²

Marie Chevallier, por su parte, ha percibido lo que denomina un “materialismo místico” en tanto que el “poeta sueña con la tierra que acoge la sangre de los cuerpos, el pasado y el porvenir del hombre, como un gran cuerpo místico, en el que la vida germina en la materia misma de la muerte humana” (*Los temas poéticos* 165). Mantenemos aquí que ese deseo trascendental no es tanto místico sino derivado de

²⁰ Entendemos por materialismo campesino o agroecológico la ideología campesina en cuanto ideología con escasa mediación cultural, enraizada en la praxis productiva. Como hemos señalado, el campesinado es reactivo a la adscripción de la ideología dominante porque su ideología emana fundamentalmente de su propia praxis productiva—y en este sentido *materialista*—que sigue cierta racionalidad pragmática agroecológica. Esta ideología material campesina se explica porque aun cuando está sometido a un régimen de propiedad ajeno, el campesinado mantiene el control sobre el proceso productivo (aunque carezca de control sobre el usufructo). Cuando el trabajo agrícola se subsume realmente al capital ese control desaparece y la ideología campesina se ve abocada a la desaparición.

²¹ Remitimos de nuevo a los planteamientos de Juan Carlos Rodríguez.

²² Si bien es cierto que *El hombre acecha* por el propio verbo usado plantea una visión del hombre como animal que retrotrae al proverbio latino “homo homini lupus” que retomó Hobbes como clave de la teoría política burguesa, discrepamos al elevar la “animalidad” hernandiana como signo pesimista y/o reaccionario como hacen Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia (25). Lo que es planteado como negativo en Hernández es la “depredación” (a la que alude, obviamente, el acechar), no el animal en sí: el toro, la “garra suave”, etc. tienen connotaciones positivas. Creo que sería más adecuado interpretar las “garras” y “dientes” de *El hombre acecha* desde una visión dialéctica que habrían planteado, por ejemplo, Adorno y Horkheimer: los seres humanos somos criaturas animales, la animalidad está siempre ahí, negar esa animalidad es subyugar al propio humano al principio abstracto de dominación (ver Luque González). En Hernández vemos unas intuiciones similares: la animalidad no puede negarse, pero afirmarla en abstracto es igualmente peligroso (la regresión al mito, a la barbarie), hay que saber taimarla sin suprimirla o negarla. Así la síntesis de garra como arma de impulso ciego del amor y del odio se da en “Nanas de la cebolla”. Como la garra retráctil del felino hay que ser capaz de sacarlas y aprovechar su fuerza, tanto como retraerlas. La animalidad es potencia, tanto de creación como de destrucción. Quizá haya algo aquí del realismo campesino: la naturaleza no es *amor* o *libertad*, no, es un ente que se nos enfrenta de forma contradictoria como fuente de riqueza y como enemigo—estas son en realidad proyecciones imaginarias sobre la naturaleza en lugar del reconocimiento de su absoluta neutralidad ante lo humano que forma parte de ella de manera particular, pero no privilegiada—.

lo que siguiendo a Rafael Argullol denominamos la "escisión romántica" (13-22): la conciencia de una histórica separación del ser humano para con la naturaleza a la vez que un inagotable e imposible deseo de unión con ella. Si bien, como decimos, esa escisión es característica del sujeto moderno, en el caso de Hernández, a diferencia de muchos otros, la racionalidad ecológica campesina le hace tener una particular concepción de la naturaleza (o mejor, ausencia de un concepto de naturaleza)²³ que, como el antiguo campesino, no ve como algo ajeno e inalcanzable, sino como ente del que forma parte en la cotidianidad, a la vez que como ente externo al que se le teme, por su potencial carácter destructivo, y se le ama por su generosidad. Por tanto, como decíamos, la "tierra" de la que habla Hernández no es la naturaleza romántica entendida como *wilderness*, sino la tierra campesina, trabajada socialmente por el continuo e infatigable esfuerzo campesino. "¿No cumplirá mi sangre su misión: ser estiércol? [...] / que se apoyen en mí sembrados y viñedos, / que me dediquen mosto las cepas por su origen" ("Vecino de la muerte", OC 529-531). Aquí vemos cómo el concepto de tierra como estiércol denota ya una "cultura" humana, en el sentido etimológico de "agricultura". Si efectivamente hay cierto misticismo en los poemas religiosos del breve periodo posterior a *Perito en lunas*, este deriva de la escisión romántica y de la búsqueda de una relación prístina entre el campesino y la tierra, y ese misticismo desaparece rápidamente en cuanto el impulso religioso sufre el giro político materialista.

Desde esta consideración, donde la tierra es percibida como el agente dentro de un especial intercambio metabólico de relativo equilibrio ecológico entre naturaleza y comunidad productiva es, creemos, desde donde se entiende gran parte de la lógica interna de los textos hernandianos. Así, por ejemplo, en "Vecino de la muerte" se entiende un desprecio de quienes pretenden asirse a la vida sin querer devolver su "polvo" (preservándolo como tal) en vez de devolverlo al seno de la tierra (Chevallier, *Los temas poéticos* 312). En este sentido, *polvo* en cuanto tierra seca se opone a *tierra* como humus fértil: "Y es que el polvo no es tierra. // La tierra es un amor dispuesto a ser un hoyo, / dispuesto a ser un árbol, un volcán y una fuente." ("Vecino de la muerte", OC 530). El polvo se eleva como una imagen de horror ante la destrucción física del ser humano, pero también como imagen de la desaparición de un ecosistema biológico y social. No se teme a la muerte como fin sino la *mala muerte* que acaba convirtiendo el cuerpo en polvo y no participe de la fecundidad material de la tierra. La muerte es "efectivamente sentida bajo el aspecto material de una bioquímica 'agrícola' de la dispersión del cuerpo en la tierra" (Chevallier, *La escritura poética* 111). Pero esa concepción "bioquímica" que señala la hispanista francesa no parece del todo correcta, puesto que no se trata del especializado conocimiento científico sino del conocimiento tradicional de los ciclos de vida y muerte en las culturas agrarias campesinas: nada de científicismo en saber que el cuerpo putrefacto

²³ El interés crítico de la poesía de Hernández reside en parte en este punto: el de un cuestionamiento del concepto de naturaleza del que hace uso el ecologismo y que, inconscientemente, sería partícipe de la dualidad que pretende desmontar. En este sentido podríamos hablar en Hernández de una "ecology whitout Nature" tal como la plantea Timothy Morton.

fertilizará los campos (por mucho que Hernández pudiese saber y supiese que los compuestos fertilizantes tengan principalmente nitratos, fosfatos y potasio que pueden ser sintetizados industrialmente).

La comprensión de la necesaria relación metabólica entre el ser humano y la naturaleza inspira esa concepción de la muerte como proceso cíclico, reintegración en la materialidad telúrica de toda vida y de ahí la doble concepción de la tierra como omnivoradora y como omnifecundadora. De esta forma puede aparecer la tierra como una especie de "refugio prenatal" (Chevallier, *Los temas poéticos* 168): "¿Cuándo caeré, cuándo caeré al regazo / íntimo y amoroso, donde halla / tanta delicadeza la azucena?" ("¡Y qué buena es la tierra de mi huerto!", *OC* 483). O bien en *El hombre acecha*: "Tierra: tierra en la boca, y en el alma, y en todo. / Tierra que voy comiendo, que al final ha de tragarme." ("Madre España", *OC* 679). La concepción campesina de la vida como un ritual cíclico-ecológico es muy distinta de la visión organicista del cuerpo como carne, como mácula pecaminosa. O incluso distinta de la visión existencialista unamuniana—tan enraizada también en lo campesino—de la vida como la dialéctica cuna-tumba. Aquí el yo es un cuerpo orgánico parte de un ecosistema que tiene que reproducirse material y socialmente. Hay aquí además una identificación de la patria ("Madre España") en puros términos ecológicos: comunidad y ecosistema de subsistencia. De opinión similar son Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia al escribir:

Quando siente la tierra *en la boca, en el alma y en todo*, percibimos una mezcla de materialismo y de idealismo que hace a lo telúrico absorber el alma misma y, en una suerte de teofagia, la tierra, divinizada en su poder genesiaco, es comida por el hombre aunque, finalmente, éste sea tragado por la tierra (57)

Lo que se ve como una "teofagia" es una divinización que, si bien es cierto que está presente en la trascendentalización poética que hace Hernández, representa ante todo el ciclo ecológico campesino: la "tierra" es en este caso metonimia del fruto obtenido de la tierra a través de la labor agrícola; el poeta, continuando el ciclo orgánico, entrega su cuerpo a la tierra (no al "polvo") para que esta pueda regenerarse, y así pueda igualmente reproducirse el cuerpo social, y en esa reproducción el ser humano que es el poeta se eterniza anónimamente como en la intrahistoria unamuniana. Entregamiento corporal y regeneración de los que derivan todo el erotismo ecológico de Miguel Hernández: la relación entre el campesino y la tierra es una relación amorosa en sentido amplio.²⁴

Coincide con esto Chevallier quien ve en "Vecino de la muerte" la expresión más feliz de esa "agricultura de la muerte" donde la tierra es vista como una totalidad sagrada viva, haciendo notar la similitud con el cuerpo místico como lo plantea Teilhard de Chardin: "organismo espiritual animado y movedizo en el que estamos unidos biológicamente, y que permite la incorporación física de los hombres a Cristo" (en Chevallier, *Los temas poéticos* 168). Si en esa incorporación física de los hombres

²⁴ Alegoría sexual que se funda claramente en la problemática dicotomía biologicista de género que identifica a la tierra con lo femenino-reproductivo y al campesino con lo masculino-productivo. Dicotomía muy presente en la poesía de Hernández que abordaremos en otra ocasión.

a la "Vida" a través de la tierra, cambiamos "Vida" por "Dios", tenemos el cuerpo místico católico. Así puede decir, como hemos señalado antes, que hay un "materialismo místico" en Hernández, un mito naturalista que plantea una forma de supervivencia ajena a la vida eterna del alma o la resurrección de la carne. Si bien es cierto, insistimos, que cierto carácter místico atraviesa esa concepción de la "agricultura de la muerte", al plantear la muerte como una especie de unión con dios a través de la descomposición del cuerpo en la tierra (Chevallier, *Los temas poéticos* 167) hay que matizar por lo menos que de Chardin refiere a una naturaleza salvaje, "lejos de los hombres, lejos del esfuerzo", es decir, no la tierra de labor, la tierra campesina, que es precisamente la tierra que interesa a Hernández. Y hay que insistir en que esa fecundidad no es espontánea. Como hemos dicho anteriormente, no se trata del jardín edénico donde surgen los frutos sin esfuerzo, sino de una fecundidad fruto del intercambio metabólico, en el que quienes laborean la tierra hacen producir la fertilidad natural, no solo mediante la muerte, en absoluto, sino mediante la vida con *sus trabajos y sus días*, es decir, unas técnicas agrarias tradicionales y el esfuerzo cotidiano de hombres y mujeres.

Lo que Chevallier denomina la "agricultura de la muerte" de poemas como "Vecino de la muerte" o "Sino sangriento", nos parece más bien las manifestaciones de esa racionalidad ecológica vividas desde las contradicciones internas del sujeto moderno que se siente alienado de la naturaleza, que en este caso es experimentada como la alienación de una comunidad productiva agraria. Por lo que la "agricultura de la muerte" es inseparable de la "agricultura de la vida" (Umbral) si entendemos que desde la cosmovisión campesina vida y muerte son parte de una unidad cíclica cotidiana y no entes separados o ajenos a lo humano. En suma, la única agricultura posible es la de la vida, no de la muerte, pero esa agricultura, comprende la muerte, la muerte dolorosa y sufriente, como el pastor que sacrifica con respeto *ritual* a sus animales.

La persistencia de la mentalidad campesina la vemos en el primer animismo de *Perito en lunas* en el que los objetos materiales cobran una agencia plena metafóricamente. Desde el hermético formalismo de las octavas reales el referente no pasa a un segundo plano, al contrario, como señala Marrero Henríquez respecto al extrañamiento formalista, este no solo consigue "prolongar la percepción estética de las formas a decodificar" sino que también da a los objetos que sustentan esas formas "la posibilidad de abrirse a nuevas revelaciones y hacerse más objetos" (65). Más tarde, sin embargo, en su periodo católico sijeniano, al formalismo seguirá un alegorismo organicista donde el objeto se supeditarán a un orden divino, en el cual el mundo aparece como un espectáculo natural de inspiración divina. El poeta en el texto en prosa "VIDA—de campesinos" insta al campesino: "No vengas mucho a Dios—al campo—, si el gusto por el mundo te acompaña: no bebas mucho Dios, que no te amargue. Hombres de la tierra: *no les hablo a los muertos*: vuestra vida, como vuestra muerte, es la de la esposa oscura del arado" (*OC II* 2136-2138). Más tarde, desde una posición política muy dispar, demanda al "Campesino de España":

De la muerte y la muerte

sois: de nadie y de nadie.

De la vida nosotros,
del sabor de los árboles. (OC 604)

Tal como antes, campo y tierra, resultan intercambiables con una entidad cuasi sacra. Y en cuanto el cuerpo se une en un ciclo nuevo de fertilidad con la tierra a través de la muerte, el campesino pertenece a la muerte y a nadie más. Pero lo que antes desde el organicismo sijeniano era planteado como servidumbre, ahora es planteado como libertad efectiva, ausencia de propietario, control de los medios productivos; y más aún, en lugar de una concepción individual (enfaticada por la segunda persona singular) ahora es una concepción colectiva: sois (somos) de la tierra cultivada por todos, "nosotros", la vida, los árboles arraigados a la tierra.

Conclusiones. El potencial ecológico de la poesía de Miguel Hernández

En Hernández la persistencia de un imaginario poético ligado a motivos campesinos como son la no separación entre producción y reproducción, la influencia cíclica, la conciencia del cuerpo vulnerable, la conciencia orgánica de la muerte y la ambigua actitud de rebeldía y aceptación dotan a su poesía de una cosmovisión poética de potencial interés para la ecocrítica y que está aún por explorar. Pues hasta donde sabemos la ecocrítica no ha dedicado estudios específicos a la poesía del oriolano (normalmente las menciones apenas pasan de ejemplificaciones breves; citando poemas como "El silbo de afirmación en la aldea" o "Aceituneros" [por ejemplo, respectivamente Marrero Henríquez 72; Barrella Vigal 227]); un silencio que quizá se deba a que la visión de Hernández de la naturaleza está intrínsecamente unida a la historia campesina. Pero, como hemos tratado de explicar, la ausencia en Hernández de *wilderness* o siquiera de un concepto moderno de naturaleza (Morton) no debería ir en detrimento de una comprensión ecológica de su poesía. Todo lo contrario; Hernández revela el, en gran medida inconsciente, potencial ecológico del campesinado. Y no se trata solo de una importancia temática sino también de la particular lógica productiva de su poesía. El escritor se acerca a la tarea poética como el hortelano: realizando un esfuerzo de producción que no es el trabajo abstracto del capital sino la constante tarea productiva y reproductiva del cuerpo humano en relación simbiótica con el mundo natural y social. La concepción poética como trabajo, sufrimiento, esfuerzo, tesón, cuasi físico—más patente en Miguel Hernández que en ningún otro poeta de la época—, está atravesada por la mentalidad campesina: no es un trabajo exclusivamente técnico o del intelecto, es sudor y lágrimas e injusta opresión histórica: "Siempre fuimos nosotros sembradores de sangre. / Por eso nos sentimos semejantes del trigo" ("Llamo los poetas", *El hombre acecha*, OC 674). Es trabajo concreto: no abstracción del pensamiento.²⁵ Su poesía pretende ser, a la

²⁵ Con ese carácter abstracto nos referimos a la dualidad categorial del trabajo (trabajo abstracto/trabajo concreto) que produce el fetichismo de la mercancía. Como plantea la *Wertkritik*, una relación fetichista basada en la abstracción del *valor* moviliza la producción lo cual no significa que

manera de la praxis campesina, una relación no fetichizada con el mundo natural y una relación no fetichista con la comunidad.

La poesía de Miguel Hernández ofrece así un acercamiento a la naturaleza ajeno a la mirada cosificadora, abstracta y extractivista del capital, comprendiendo el mundo como ente activo desde los valores heredados de la historia anónima del campesinado. Un campesinado que como grupo social histórico habría mantenido unas formas de producción que guardan una relación recíproca y sostenible con los ecosistemas y que conforma unas relaciones sociales con potencial emancipatorio. Miguel Hernández en su poesía trata de dar voz a ese campesinado silenciado cuya agencia histórica ha sido negada fundiendo su voz con una exasperada y moderna lucha por la emancipación, ofreciendo una compleja visión que brinda atisbos de una relación no dominadora para con la naturaleza y una revisión histórica del campesinado y sus formas de producción digna de consideración ante la difícil coyuntura sociohistórica y ecológica en la que nos encontramos.

Artículo recibido 16 febrero 2023

Versión final aceptada 14 mayo 2024

Referencias citadas

- Alarcón Sierra, Rafael. "La relación texto-fotografía en *Viento del pueblo* de Miguel Hernández." *Studia Iberica et Americana: Journal of Iberian and Latin American Literary and Cultural Studies* (Dedicado a: De mi corazón a mis asuntos. Asedios críticos sobre Miguel Hernández), vol. 2, 2015, pp. 147-178.
- Aleman Bay, Carmen. *Miguel Hernández, el desafío de la escritura: el proceso de creación de la poesía hernandiana*. Visor, 2013.
- Alonso, Cecilio. "Desclasamiento y mentalidad campesina en Miguel Hernández." *Miguel Hernández cincuenta años después: actas del I Congreso Internacional Alicante, Elche, Orihuela, marzo de 1992*, editado por José Carlos Rovira Soler. Alicante, 1993, pp. 305-310.
- Argullol, Rafael. *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*. Acantilado, 2006.
- Barella Vigil, Julia. "Naturaleza y paisaje en la literatura española." *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*, editado por Carmen Flys Junquera, José Manuel Marrero Henríquez y Julia Barella Vigil. Iberoamericana-Vervuert, 2010, pp. 219-238.
- Becerra Mayor, David. *Miguel Hernández. Del fascismo al comunismo*. Ediciones del Orto - Universidad de Minnesota, 2014.
- Benjamin, Walter. *Escritos políticos*, editado por Ana Useros y César Rendueles. Abada, 2012.

esa relación fetichista no implique una materialidad concreta. Todo lo contrario; precisamente la abstracción del valor es la que induce una lógica económica, una dominación abstracta, deslindada de los propios sujetos, tendente al constante crecimiento y la substracción de los límites ecológicos.

- Braudel, Fernand. *La historia y las ciencias sociales*. Alianza, 1970.
- Cano Ballesta, Juan. *La poesía española entre pureza y revolución (1920-1936)*. Siglo XXI, 1996.
- Chevallier, Marie. *La escritura poética de Miguel Hernández*. Siglo XXI, 1977.
- . *Los temas poéticos de Miguel Hernández*. Siglo XXI, 1978.
- Clark, Kenneth. *Landscape into Art*. Readers Union - John Murray, 1953.
- Díaz de Castro, Francisco J. "Miguel Hernández frente a la ciudad." *Estudios sobre Miguel Hernández*, editado por Mariano de Paco de Moya y Francisco Javier Díez de Revenga. Universidad de Murcia, 1992, pp. 89-126.
- García, Miguel Ángel. *El veintisiete en vanguardia. Hacia una lectura histórica de las poéticas moderna y contemporánea*. Pre-textos, 2001.
- . *Vicente Aleixandre, la poesía y la historia*. De Guante Blanco/Comares, 2001.
- González Valdés, Cristian Alexis. *His Rebellious Nature: The Rural World in Miguel Hernández's Poetry*. PhD dissertation, King's College London, 2020. HYPERLINK "https://kclpure.kcl.ac.uk/ws/portalfiles/portal/155914574/2020_Gonz_lez_Vald_s_Cristian_1247730_ethesis.pdf" https://kclpure.kcl.ac.uk/ws/portalfiles/portal/155914574/2020_Gonz_lez_Vald_s_Cristian_1247730_ethesis.pdf Accedido 21 de octubre de 2022.
- Hernández, Miguel. *Obra completa, I. Poesía*, editado por Agustín Sánchez Vidal, José Carlos Rovira Soler y Carmen Alemany Bay, Espasa Calpe, 1993.
- . *Obra completa, II. Teatro, prosas, correspondencia*. editado por Agustín Sánchez Vidal, José Carlos Rovira Soler y Carmen Alemany Bay, Espasa Calpe, 1992.
- López Ontiveros, Antonio. "La agrocuidad andaluza: caracterización, estructura y problemática." *Revista de Estudios Regionales*, vol. 39, 1994, pp. 59-92.
- Luis, Leopoldo de. *Aproximaciones a la obra de Miguel Hernández*. Libertarias-Prodhufi, 1998.
- Luis, Leopoldo de y Jorge Urrutia. "Introducción." Hernández, Miguel. *El hombre acecha. Cancionero y romance de ausencias*. Cátedra, 1995, pp. 9-101.
- Luque González, Gonzalo. "La cuestión humano-animal en La *Dialéctica de la Ilustración* de Adorno y Horkheimer: especismo y vida dañada". *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, vol. 9, no. 1, 2022, <https://revistaleca.org/index.php/leca/article/view/325>.
- Maderuelo, Javier. *El paisaje. Génesis de un concepto*. Abada, 2005.
- Mainer, José-Carlos. *La Edad de Plata (1902-1931) Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. LosLibrosDeLa Frontera, 1975.
- Marrero Henríquez, José Manuel. "Pertinencia de la ecocrítica." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 40, no. 79, 2014, pp. 57-77.
- Martínez Vara, Tomás y José Luis Ramos Gorostiza. "El matizado anti-industrialismo del catolicismo social español, 1880-1936." *Historia y Política*, vol. 27, 2012, pp. 251-279.
- Morton, Timothy. *Ecology without Nature. Rethinking Environmental Aesthetics*. Harvard University Press, 2007.

- Perotti, Olga. "Notas sobre el uso del léxico rural en la obra teatral de Miguel Hernández." *Estudios sobre Miguel Hernández*, editado por Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, Universidad de Murcia, 1992, pp. 327-352.
- Rodríguez, Juan Carlos. *Lorca y el sentido. Un inconsciente para una historia*. Akal, 1994.
- . *Teoría e historia de la producción ideológica, 1. Las primeras literaturas burguesas*. Akal, 1974.
- Rose, William. *El pastor de la muerte. La dialéctica pastoril en la obra de Miguel Hernández*. Puvill, 1983.
- Rovira, José Carlos. *Léxico y creación poética en Miguel Hernández: Estudio del uso de un vocabulario*. Universidad de Alicante, 1983.
- Sánchez Vidal, Agustín. "La literatura entre pureza y revolución. La poesía." García de la Concha, Víctor. *Historia y crítica de la literatura española 7. Época contemporánea: 1914-1939*, editado por Francisco Rico, Crítica, 1984, pp. 668-680.
- Sevilla Guzmán, Eduardo y Manuel González de Molina. "Sobre la agroecología: algunas reflexiones en torno a la agricultura familiar en España." *El campo y la ciudad (sociedad rural y cambio social)*, editado por María Antonia García de León, Ministerio de Agricultura, pesca y alimentación, 1996, pp. 153-198.
- Shanin, Teodor, ed. *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*. Revolución, 1990.
- Toledo, Victor M. "La racionalidad ecológica de la producción campesina." *Ecología, campesinado e historia*. editado por Eduardo Sevilla Guzmán y Manuel González de Molina, Ediciones de la Piqueta, 1993, pp. 197-218.
- Umbral, Francisco. "Miguel Hernández, agricultura viva." *Cuadernos Hispanoamericanos*, vol. 230, 1969, pp. 325-342.
- Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Traducido por Alcira Bixio, Paidós, 2001.